

TOLEDO

Año III.

Núm. 87.

Sábado 15 de Diciembre de 1917.

Se publica el 15 y 30 de cada mes.

REVISTA ILUSTRADA DE ARTE

Director Gerente: Santiago Camarasa.

Oficinas: Calle de Núñez de Arce, 12, teléfono 59, Toledo.

ARTE E HISTORIA

Toledo en la obra poética de Zorrilla.

(Notas).

Toledo cuenta con una copiosísima literatura. Tema de tantas inspiraciones poéticas y artísticas, no ha sido todavía recogido en libros. Y a fe que lo merece, porque su conocimiento revelaría lo que el corazón de nuestra patria enseña.

Un poeta entre muchos, José Zorrilla, ante el espectáculo de la imperial ciudad, lo canta de un modo nuevo y original, de tal suerte que nuestra visión de Toledo le debe no pocos de sus motivos fundamentales.

No es Toledo de Zorrilla aquella de Garcilaso, evocada en noble éssilo de italianos acentos:

Estaba puesta en la sublime cumbre del monte, y desde allí por él sembrada aquella ilustre y clara pesadumbre de antiguos edificios adornada.

(Égloga tercera.)

Para Garcilaso, Toledo es una Arcadía. La *ilustre y clara pesadumbre* que acertó a ver, se convierte, para el Cervantes autor del *Pérsiles*, en la

Toledo, peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades,

esa peñascosa pesadumbre que, romantizada ya en los lienzos del Greco que la copian, se ofrece con algo del misterio en que ha de hablar el espíritu de Zorrilla.

Nada más distinto del alma picarona que tenía para Sebastián de Murcia y para el autor anónimo—Góngora, Cervantes, Villanueva—el soneto que

Toledo proyecta su sombra clásica en los tercetos dedicados en loor suyo por D. Luis Cernusco de Guzmán:

Si de Helicon la sagrada fuente dejando el natural de cristal puro trocara en tinta su licor prudente...

Con el romanticismo, un Toledo de marcados contrastes empieza a imponerse a la contemplación. Pero el Toledo romántico había sido presentado mucho antes. En nuestro teatro castizo, en alguna novela ejemplar (*La fuerza de la sangre*), lo sospechamos.

La erudición del siglo XVIII, con el abate Ponz y con Ceán Bermúdez, había catalogado sus riquezas. En ellas latía una fuerza histórico-artística que vino a hacerse substancia poética en Zorrilla.

No se ha meditado lo bastante respecto de la primera educación del cantor nacional. Sus notas sobre los días que pasó en Toledo (*Recuerdos del tiempo viejo*, tomo I; cf. A. Ferrer del Río, *Galería de la Literatura española*, págs. 273-77, y N. Alonso Cortés, *Zorrilla*, tomo I, págs. 69-74 y 242-46), son documentos precisos por la lección de romanticismo que guardan. Reténgase de dichas notas lo que sigue:

Zorrilla dibuja allí monumentos y rincones típicos. Su amistad con D. Pedro de Madrazo, hermano de D. Federico: relación, por tanto, con los redactores de la revista *El Artista*, paladín del romanticismo. Toledo, verdadero estudio de Zorrilla; estas sensaciones toledanas se difundirán nutriendo toda su obra poética. Las lecturas de Zorrilla; *Las Orientales*, de Víctor Hugo, y lo que debían a España (Foulché-Delbosc, estudio en *Revue Hispanique*, 1897); lecturas de románticos franceses: si no hechas en Toledo, a lo menos inmediatamente después de ausentarse de ella: Chateaubriand, Delaunoy, Dumas (padre); de los españoles: Bayle y de la Jara, Juan de Meana, José María de Cádiz, el Emancipador, etc.

poeta-pintor de Toledo. Así, en sus versos que principian

Negra, ruínosa, sola y olvidada...

Esta composición, dedicada a D. Antonio García-Gutiérrez, fué publicada en *El Español* el 22 de Julio de 1837. La aventura en tres años *La tempestad de verano* (inserta en *El Español*, y que lleva la fecha de 23 de Julio de 1834).

La noche de invierno, de 1.º de Octubre de 1837, ostenta al frente el nombre de D. Jenaro Pérez Villaamil, que en sus pinturas y dibujos es un exaltado romántico. Para comprender a Zorrilla pintado con la palabra, hay que ver los cuadros de Villaamil. Existe entre ambos una exacta correspondencia. Los mismos interiores fastuosos de templos, luz y color en los dos; lo que en tal concepto se advierte en los *Recuerdos de Toledo: La Catedral*. El soneto de Zorrilla a *España Artística*, lamentación ante el vandalismo imperante de los tiempos y las decaídas riquezas de la patria. Gráficamente lo expresa en sus dibujos Pérez Villaamil, litografiados para la *España Artística*, que se publicó en París con texto de don Patricio de la Escosura.

Las impresiones poéticas apuntadas son incorporadas luego por Zorrilla al fondo de alguna leyenda. *A buen juez mejor testigo* (tradición de Toledo), *El caballero de la buena memoria* (leyenda tradicional), *El capitán Montoya*; en los *Cantos del trovador*, la leyenda prima: *La princesa doña Luz*, situando la acción en Toledo, evocan su ambiente. Un elemento dramático viene a juntarse aquí con lo descriptivo y con lo lírico.

Las leyendas de Zorrilla son hijas de los romances castellanos. Trozo de leyenda en romance es *Las escudadas de noche*, que, sin referirse a Toledo, fuerza a pensar en Toledo. Por lo que toca a la imperial ciudad interviniendo en el teatro de Zorrilla, una sola comedia, *Gonar perdiendo*, tiene asunto toledano.

Las producciones que Zorrilla consagra a Toledo quedan, pues, mencionadas. Pero en ellas, una nota común, lo pintoresco, se destaca con vigor. El que abrió en Toledo sus ojos a las primeras emociones de arte, exaltado y nostálgico por las grandezas fenecidas o menguadas, supo descubrir desde muy joven los múltiples encantos de la encantada ciudad. A la iniciación en la España espléndida que aprendió de Víctor Hugo, juntó las enseñanzas adquiridas en los criterios nacionales. Añádase a esto su dicción castiza y entonada. El color local que el romanticismo buscaba y el orientalismo, siéntelos Zorrilla de modo análogo al de Hugo. El segundo elemento se manifiesta a cada paso en las páginas de Mauricio

Barrés sobre *Greco o el secreto de Toledo*. El literato francés, lo mismo que Zorrilla, lo ha observado también.

En resumen: Zorrilla, romántico, lo es merced a su educación en Toledo. Ahí está diciéndolo en los términos más precisos su *A buen juez mejor testigo*, lo mejor que, según Menéndez Pidal (*L'épopée castillane a travers la littérature espagnole*), salió de su pluma.

Angel VEGUE Y GOLDONI



Descubrimiento arqueológico.

Otro nuevo detalle nos ofrece este Toledo bello y magistral, único siempre, del que antes no hemos dado cuenta por esperar a hacerlo documentadamente, como hoy lo hacemos, publicando la traducción del Dr. Yahuda, o sea el informe de la Real Academia de la Historia.

Lápida sepulcral mozarábiga bilingüe de Toledo.

Hace unos meses se descubrió en el rincón de una habitación aneja a la Iglesia de la Parroquia de Santa Justa, en Toledo, una lápida de granito de 0,30 metros de largo y 0,45 de ancho, aproximadamente, que contiene una inscripción latina, a cuyos alrededores corre otra de magníficos caracteres cúficos, que se dibuja en la forma y en el orden que adjunto se publica.

La inscripción latina dice así:

*In Nomine Domini nostri IHesu Xristi.
Hoc est sepulcrum Michael Semano
Obiit die Dominica in quarto die
Novembris in era MCLXXXVIII.*

Y he aquí la traducción del texto árabe, siguiendo el orden de las líneas:

- 1) ¡En nombre de Alá El Clemente, El Misericordioso! Fué por
- 2) destino de Dios y su misericordia [que se despidió] Michael, hijo de Semano, de la morada
- 3) mísera a la otra morada,
- 4) el día de Domingo, pasado de Noviembre cuatro
- 5) días, del año cuatro y noventa
- 6) y cinco y mil de la era de los Rábiles (= 1191, etc.) conserva [Dios] enternecido
- 7) su rostro y apíñese de él ¡Arre!

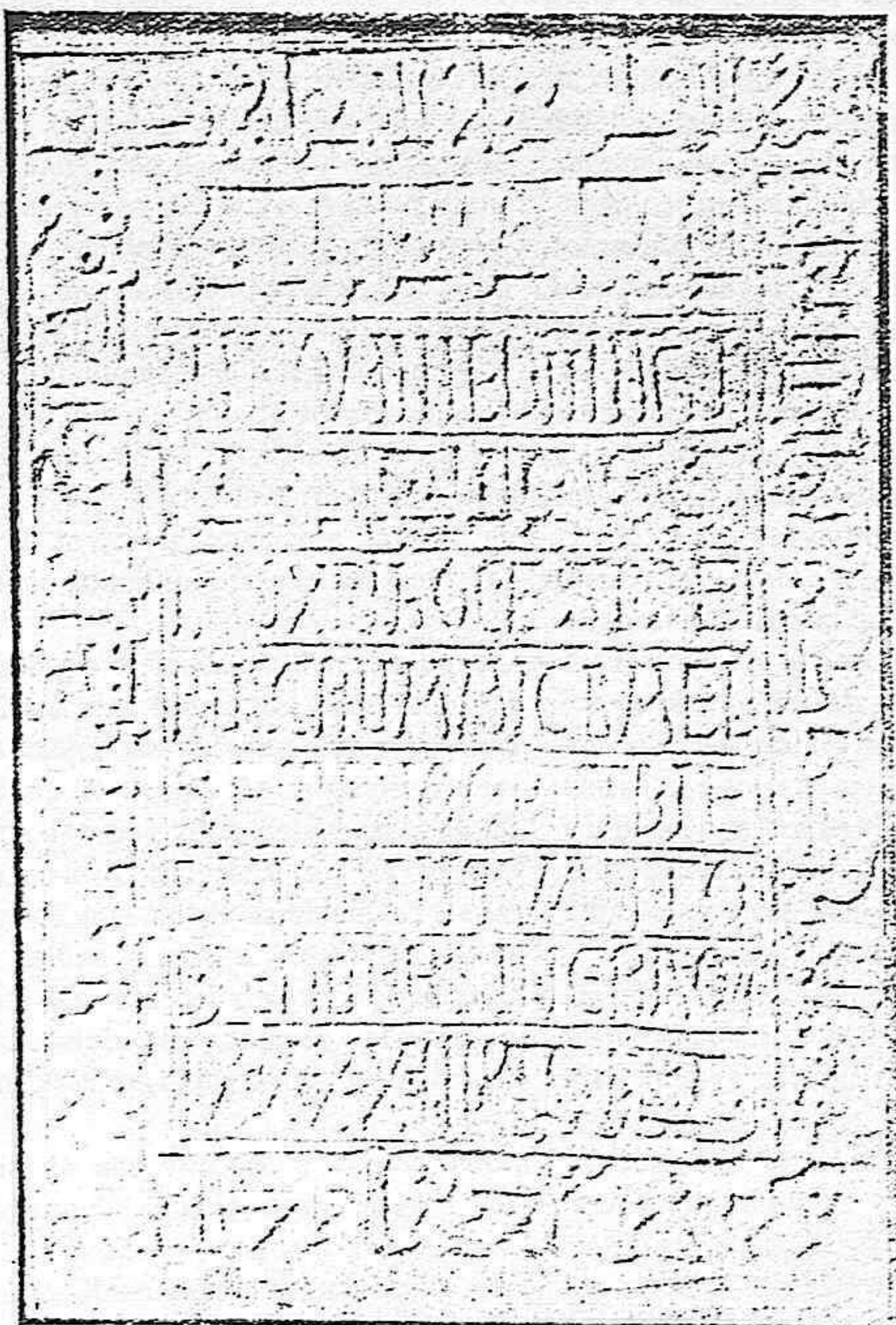
Obsérvese que la línea sexta de la inscripción arábica está intercalada entre las líneas 1 y 2 de la latina, terminando el texto árabe a la derecha de la última línea del epitafio latino; pero como quiera que no le quedaba al escultor bastante sitio para terminar la inscripción arábica, interpuso la última parte de la palabra (apiádesse de él), en letras sueltas, entre las IIII y las siguientes XXXX, añadiendo además entre la tercera y la cuarta X otras letras, que representan la abreviación de ¡Amén!

La invocación musulmana en un epitafio mozárabe no debe extrañarnos en aquella época de completa asimilación a la cultura y las costumbres arábicas. Basta aludir al hecho de que también las monedas acuñadas en Toledo por Alfonso VIII llevan la misma invocación de Alá.

La frase (consérvese Dios eterno su rostro), es una frase muy frecuente para los difuntos en la literatura musulmana.

Dr. A. S. VAHIDA

Correspondiente de la Real Academia de la Historia.



Epitafio bilingüe, mozárabe, de Toledo.

Al franciscano Cardenal.

El medio, la raza y su arte.

Tierra, casa, familia y trabajo.

(CONTINUACION)

Pactando y rompiendo concordias unos y otros, según les convenía, entre los Reyes, los Abades, los nobles y el Concejo, estalla la guerra civil. Poseídos los señores feudales de su fuerza y abusando en de-

masia de los privilegios que seguían disfrutando, vinieron a constituir un elemento tan perturbador para la tranquilidad de las comarcas donde tenían sus castillos y aun para los mismos Reyes, que ya se imponía su desaparición. Por causa de sus desafueros hubieron de aliarse para darles la batida, el Rey, la Iglesia y el Concejo, apoyados en el estado llano, en las Cofradías y Asociaciones gremiales, compuestas

de menestrales, trabajadores del campo y comerciantes, que ya clamaban contra el señor brutal y proclamaban la excelsitud de la inteligencia y el trabajo sobre la fuerza bruta, toda vez que estas dos virtudes aún eran consideradas por los nobles como único patrimonio de los hombres viles.

Efectivamente, sonó la hora de la redención, y en el cielo azul del reinado de Fernando V se destacaron radiantes las hermosas palabras del libro santo: «No hay fuerza como la sabiduría, ni nobleza como la del trabajo».

**

Hijo de los sin tierra, de los sin casa, de los sin dine-

ros, y de los sin privilegios, en Torrelaguna, ciudad castellana, dura y austera como sus campos yermos, recibió su primer aliento. En la villa de Cuéllar y a la sombra siempre amenazadora de su castillo feudal, jugó con los hijos de los oprimidos, y aprendió las primeras letras. En la *Complutense*, aun siendo niño, oyó hablar de los niños mártires, mientras aprendía gramática latina. La docta Salamanca, entre los esplendores de su arte y el florecimiento de su cultura, grabó su ciencia y su riqueza monumental en su cerebro virgen. Deseoso de redimir a los suyos por medio

de su inteligencia y su trabajo, terminados sus estudios, decidido marcha a la eterna ciudad. En el camino unos foragidos le roban cuanto lleva. Con resignación sufre el despojo, deduciendo del hecho cuán frágiles y mudables son los bienes materiales y cuán seguros e inseparables del individuo los de la inteligencia y la virtud. Un buen compañero le socorre en su cuita, reanimando en su corazón los nobles sentimientos de la caridad cristiana.

Por su inteligencia y su virtud, triunfa en la ciudad latina. Roma, la orgullosa Roma, le sorprende con su grandeza dominadora, su boato desmedido, en contraposición con la humildad del santo de Asís, y le acaricia con las atenciones del *santo Padre Alejandro VI*. Al saber que su legítimo padre es muerto, corre a su amada España en auxilio y compañía de su querida madre.

Otros salteadores franceses le salen al paso y le roban los ahorros que traía, fruto de sus desvelos, y le afianzan más y más en la intangibilidad de los bienes del espíritu.

Al posesionarse de lo legítimamente ganado, en Uceda, un Arzobispo soberbio, preso le arroja en una torre.

Con saber y energía defiende su derecho, aguantando en otra cárcel más lóbrega el paso lento de siete años de lo mejor de su vida. Mientras está preso consagra todo el tiempo de su cautiverio injusto al estudio de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres. Con esto robustece sus ya amplios conocimientos, a los que añade también los de las lenguas hebrea, caldea y griega. Restituído en su derecho, temiendo las iras del revoltoso Arzobispo, y para ponerse a salvo del poderoso, permutó su Arciprestazgo por la Capellanía mayor de la Iglesia de Sigüenza.

La resonancia de sus virtudes y talento hacen que el Obispo de aquella ciudad, después gran Cardenal Mendoza, le nombre Provisor y Vicario general de su Diócesis. Respetado y considerado, pero convencido de las miserias, injusticias, ambiciones y vanidades del mundo, su alma, sedienta de paz y de perfección, busca refugio para su corazón y su cuerpo dolorido en el tosco sayal franciscano, símbolo de renunciación a todo lo terreno y atributo preclaro de *pureza, humildad y pobreza*.

Cristo y el iluminado de Asís triunfan en su corazón y en su alma. Su voluntad inquebrantable le hacen entrar en la estrecha Orden, sin que reflexiones y ruegos de respetables religiosos y caros amigos le hagan desistir de su firme propósito. En San Juan de los Reyes el primer novicio que ingresó fué él.

Ante su esplendorosa riqueza artística, ¿quién sabe si el burdo sayal no protestó, aunque admirado

de la suntuosidad que los Reyes Católicos allí depositar hicieron! Así debió suceder cuando pasó al Castañar, en donde fabricó una choza con ramaje silvestre para que le sirviera de habitación y retiro. Pan, agua y yerbas que recogía, eran su alimento.

El, como San Francisco, rompe con todas las ligaduras sociales y se reintegra libremente a la Naturaleza para decirle, hermanos al lobo, a los pájaros y a las flores. Y en la augusta soledad de los campos, elevando a Dios los brazos y los ojos, cae de rodillas, y en éxtasis profundo vislumbra allá en la altura su alma entusiasmada, al supremo bien, a la suprema gloria y a la suprema belleza.

Al par que cultivaba su espíritu observando rigurosamente las reglas de su orden, y sentía los inefables placeres que goza el alma a medida que se perfecciona con el amor divino, su ardiente caridad le arrastraba a la noble misión de elevar a sus pobres hermanos de penitencia, flacos de ánimo y voluntad, a la misma altura por él conquistada, valiéndose de los mismos medios. El ascetismo, valientemente ejercitado. En este sentido, cuando sus virtudes y su ciencia le elevaron a confesor de la católica Reina, arrancándole contra su voluntad de sus monasterios del Castañar y la Salceda, enclavados uno y otro en los yermos de los Montes de Toledo y la Alcarria, se apresuró en cuanto fué nombrado provincial de la Orden, a reformar todos los claustros que le estaban confiados, ya fueran de hombres o de mujeres. Para esto, graves inconvenientes se le presentaron, que supo vencer con enérgica resolución.

Enfermo de muerte el gran cardenal en su palacio de Guadalajara, año de 1475, al visitarle los Reyes para consolarle y pedirle su consejo, entre otros, al Rey, le dijo: que hiciera las paces con Francia, conservando alianza con aquella corona, y a la Reina, recomendó *diese el arzobispado a persona de virtud, humildad y mediana categoría, indicando a Cisneros; pues esta dignidad, entendía, era tan considerable, que en mano de un poderoso pudiera muy bien turbar a los Reyes de Castilla y que cerca tenían el recuerdo de su antecesor*.

Como puede verse, era necesario, para ocupar tan elevado puesto, persona completamente afecta a los Reyes, pues ya en abierta lucha contra la nobleza necesitaban el apoyo de la iglesia y los concejos, al objeto de robustecer el poder real, único entonces que podía darles la batalla, pues tenía la simpatía del estado llano y la de los gremios y siervos que preferían desde luego el señorío de realengo al solariego. Aquel avispero de nobles era ya demasiado molesto para todos y había que exterminarlo cuanto antes. El momento que no tuvieron D. Pedro I y D. Alvaro de Luna, se le presentaba a D. Fernando, cuya política,

de acuerdo con las aspiraciones del país, era esta misma.

Por eso, contando los Reyes con la resistencia enérgica del austero franciscano, recabaron con sigilo del Santo Padre, el nombramiento de Arzobispo de Toledo para Fray Francisco de Cisneros. Alta distinción que fué rechazada por el fraile humilde, en cuanto se le hizo presente. Fué necesario que de nuevo el Papa mandase a su siervo que, por obediencia, aceptara el cargo sin réplica. Sólo así ante los Reyes se entregó domado el hombre de bronce, flaco de cuerpo, de corazón encendido, penetrante cerebro, alojado en un cráneo puntiagudo y enjuto cual bóveda gótica donde en los ventanales de sus ojos fulguraba fascinadora una voluntad diamantina, llena de fe y de confianza.

Ya con su investidura, ante sus lujosos vestidos arzobispales y su burdo sayal franciscano, debió entablarse continua lucha. La humilde silenciosa suavidad de la lana y su color pardo natural como el de la tierra que la cría, no se avendría fácilmente con el fastuoso brillo de la crujiente seda teñida de modo artificial con el color del fuego y de la sangre.

Aurelio CABRERA Y GALLARDO
Escultor.

(Continuará).



Triunfan los nuestros.

ANGEL VEGUE

La personalidad de nuestro paisano, del ilustre toledano, que paso a paso, pero firme y seguro, ha ido conquistando en toda España, y muy principalmente en Madrid—el centro de los intelectuales—que es donde reside, por su propio impulso, sin más elemento ni ayuda que su laboriosidad y su talento, está completamente definido, totalmente consagrado.

No es Angelito Vegue uno de tantos, que precisa de encomiásticas cuartillas para resaltar su figura, no; su nombre bien cimentado, conocido y respetado siempre, basta para merecer todos los elogios y los sinceros afectos de los suyos.

Vegue triunfó ha mucho tiempo, y continúa triunfando: recientemente ha sido nombrado crítico de arte de *El Imparcial*, y por tan justo como merecido honor que se le dispensa, nos sentimos complacidos.

Es Vegue, además de un buen toledano, nuestro más excelente amigo, por lo que celebramos sus éxitos sinceramente como cosa propia, íntima, personal.

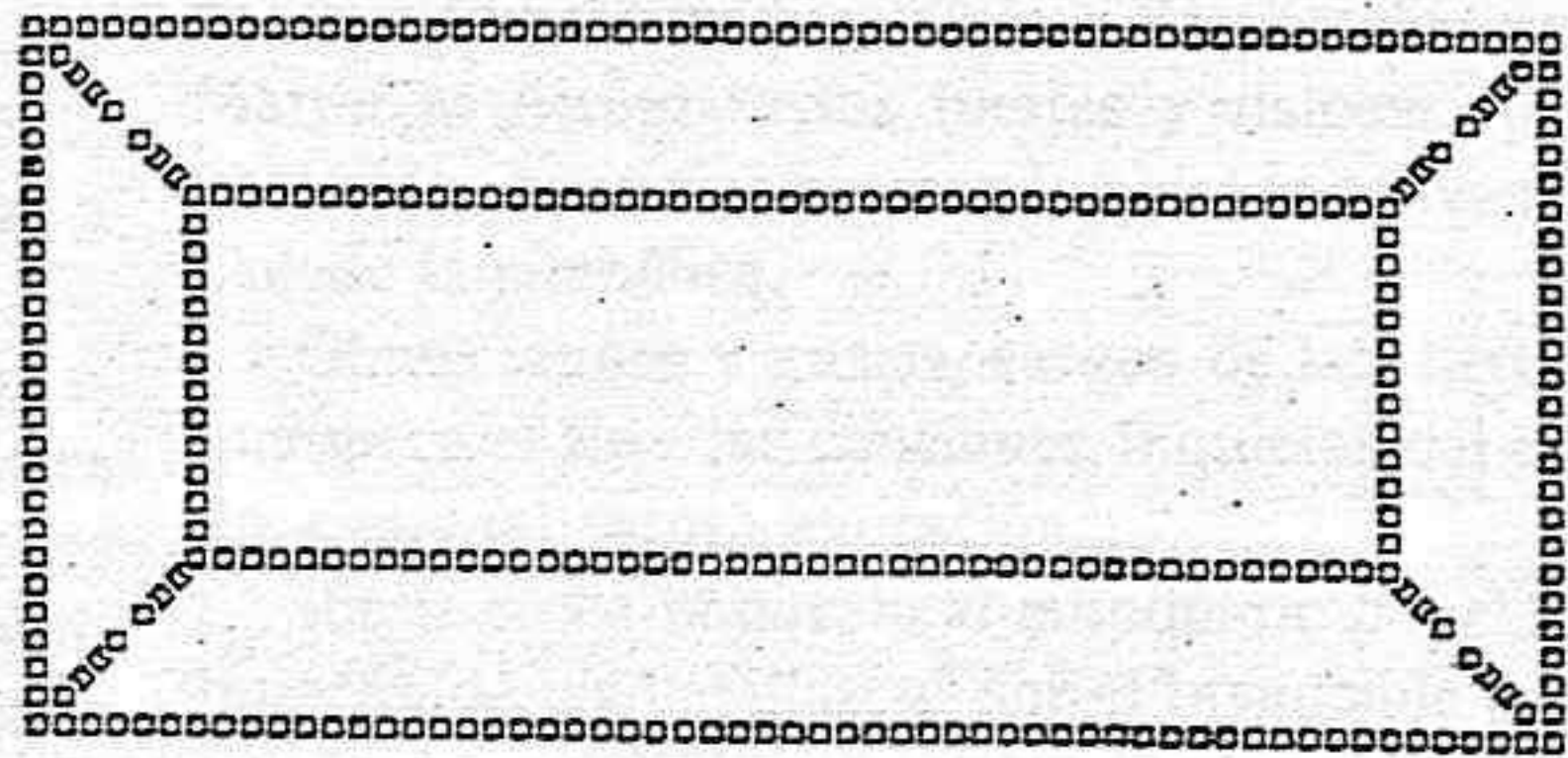
LA VENTA DEL HOYO.

ADICIÓN

Los depósitos de agua y el lebrillo—sin esmalte—que aparecen en nuestro artículo del número anterior de TOLEDO como romanos, son de época arabe. El lebrillo lleva bien conservada en su base, al exterior, la marca de la fábrica, consistente en dos triángulos entrelazados. Su diámetro es de 17 centímetros por 50 de circunferencia,

El sepulcro, de que también hicimos mención, es de un célebre Rabino. Ya se dirá su nombre. Del mencionado sepulcro (que era de fábrica de ladrillo), sólo resta la tapa de piedra berroqueña, en forma de pirámide truncada, midiendo 2 m. 80 cm. de largo, 90 cm. de ancho y 30 cm. de alto.

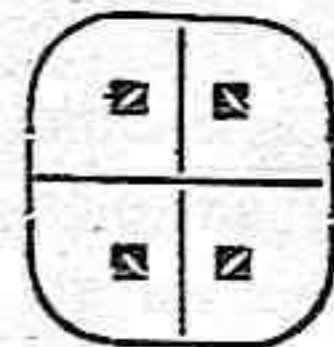
Véase un esquema de su forma:



Lleva inscripciones hebreas en los cinco huecos.

El fragmento de ladrillo decorado es árabe.

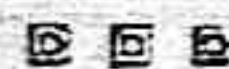
Las marcas de las asas de ánfora, denuncian fábrica romana. Tienen el dibujo siguiente incluido en un óvalo.



El azulejo de la casa de labor dice: «Del Hospital del Rey».

La lápida hebrea a que antes nos referimos, lleva la fecha de 1115, y la indicación de que el cuerpo del rabino que nombra entró en el Paraíso..... y reinó. Esto es lo único que por la fotografía de la misma ha podido leer el Catedrático de hebreo de la Universidad Pontificia toledana.

Juan MORALEDA Y ESTEBAN



TOLEDO

Paisajes de otra edad.

Toledo es un símbolo de España.

Los dos crepúsculos de
un mismo atardecer.

Invencible en el mar?.... Toledo pierde prestigio, y esta urbe la representa.....

Es una historia muy triste, muy triste y muy bella. El sol declina su lumbre, la luna empieza a salir, y un viejo, cuyas ricas pero maltratadas vestiduras se arrastran en el polvo, camina por el yermo.

Extraños árboles con frutos cosmopolitas siembran la llanura de belleza sin igual. Parece otoño si pensamos que las frutas están pasadas; parece otoño cuando vemos las hojas amarillas, que empiezan a caer.

El viejo, que avanza por el sendero de secos pastos, mira hacia atrás de pronto como si le asaltara deslumbrante visión. A lo lejos, ve las construcciones de una ciudad envuelta en humos y brumas; los últimos rayos del rey del día van a unirse en las torres de un alcázar con los de la señora de la noche, y es como un lazo de brillantes, porque las pizarras de la techumbre brillan; es como un beso, que se dan los dos dioses de la naturaleza, porque sus focos se unen.

La ciudad se llama Toledo. El sol representa la fuerza, el poder que muere. La luna, la poesía que nace. Las posesiones de España son los árboles de hojas caducas. Carlos V es el viejo que va por la senda, caminando hacia Yuste a sepultar su lastimado orgullo.

La campana de Atahul.

¿Qué extraño y lúgubre ruido agita los éteres?

La campana suena: le hacen coro el chisporroteo de cirios, el canto reposado, terrible de los monges. Ha muerto el Emperador..... Mas el implacable eco, de bronce contra bronce, sigue sin reposo, sin dar descanso al aire. Suena en Flandes, en Francia, en Lepanto, y suena, suena hasta que los relampagueantes galeones desaparecen bajo las irritadas olas del Canal de la Mancha.

¿La potencia militar de España concluye con la

El imperio de la Luna.

España ha mirado al sol y llora, porque no resiste su lumbre. En cambio, bajo la forma de poeta, le apasiona «Diana» y se convierte en su amador: Es una de las más grandes filosofías..... Ya no salen por San Martín ni Alcántara los fuertes y vistosos ejércitos, ni sonidos belicosos rompen la quietud conventual de Toledo la simbólica.

Oímos laudes y guzlas, surgen de las barcazas—que mece el río—las canciones inquietas del inspirado, como milagrosa evocación.....

Iberia se ha impuesto al mundo: no por el terrible huracán de las batallas, sí por el invencible poder de sus genios pensadores.

La ciudad dormida.

Pero de repente cesan guzlas y canciones, cesan clarines y ruidos, todo queda en silencio, nada turba la quietud..... Toledo es un símbolo de las Españas, militar y literaria, del pueblo sin vida.

Continuamente los extranjeros visitan sus monumentos próceres; las calles estrechas tienen el infinito encanto de la soledad, del recuerdo. Acaso protege la maravilla la atracción que nos infunde a todos ese pueblo, el misterioso latir de sus sombras y ruinas. Acaso ese consorcio del alma cristiana con la goda y la árabe influyen irresistibles. ¿Qué nos importa? Toledo dió grandes hombres, ¡y quién sabe qué destino le espera! Modernamente dos genios extranjeros de la ciudad, pero toledanos al fin, han difundido sus imaginaciones atormentadas: Becquer y Domenico Theutocopoli. Son atormentadas las leyendas y rimas de Gustavo. Atormentadas son, las facciones cadavéricas y largas de los personajes del Greco.

L. Gregorio MAZORRIAGA

TOLEDO LITERARIO

TOLEDO

Tu egregia testa elevas, ¡oh Toledo inmortal!
coronada de fuertes murallas almenadas,
donde lucen, florones de grandezas pasadas
las torres de tu Alcázar y de tu Catedral.

Carlos Quinto te impuso la púrpura imperial.
En tu sangre el acero templó, de sus espadas,
el ejército hispano. Sus victorias ganadas
te hicieron soberana del mundo sin rival.

Hoy eres como una vieja reina olvidada,
sin corte, sin dominios; sola con tu tesoro
en tu vasto palacio secular y gigante.

Y en las noches de Luna sales engalanada
a tu jardín desierto, donde el Tajo sonoro
canta a tus pies, rendido, como un antiguo amante...

Goy DE SILVA



Notas manchegas.

La fiesta de la Criptana.

Engalana la tartana
y conduceme ligero
al templo de la Criptana,
tartanero, tartanero.

Se eleva la enhiesta ermita
en la cima del Otero,
y allí está la Virgencita,
¡vamos pronto, tartanero!

La encontraron los pastores
al reflejo de un lucero
escondida entre las flores,
y es muy bella, tartanero.

De la ermita en la terraza,
a compás del guitarrero,
el rapaz y la rapaza
bailotean, tartanero.

Habrà merienda sabrosa
de jamón y de cordero,
y allí el vinillo rebosa
de las jarras, tartanero.

Ya voltea el campanillo
el alegre campanero,
ya nos llama el monaguillo,
¡vamos pronto, tartanero!

Subiendo la pina cuesta
marcha jadeante el romero
para asistir a la fiesta,
¡sigámosle, tartanero!

Y dentro del Templo Santo
pide contrito y sincero
que la Virgen con su manto
nos cobije, tartanero.

Plácida está la mañana,
el manchego está altanero.
¡Que la Virgen de Criptana
es su Virgen, tartanero!

Monta y el látigo agita,
y a trote cascabelero
llévame pronto a la ermita
de la Virgen, tartanero.

Rómulo MURO



LEYENDAS TOLEDANAS

SOR LUZ

«Para mi querido amigo, el excelente literato Santiago Camarasa, paladin y entusiasta defensor de Toledo, de cuyas leyendas y misterios sabe.

«Muy afectuosamente.

I

Tiene Toledo un viejo convento, el convento de Santiago, que, como un baluarte de la ciudad y un infranqueable torreón a las almas recogidas, álzase dominando las vegas del Tajo con sus huertas llenas de fragancias y sus castillos aromados de leyendas.

En ese convento hay un jardín, y en ese jardín, cuando los rosales muestran el orto de sus tallos nuevos y el milagro de sus capullos que le llenan de esencias y colores, nace oculto en el más apartado rincón un lirio grácil y transparente.

Quizá la tradición que originó esta leyenda, háse perdido dentro y fuera del convento.

Seguramente no busca ya la comunidad en los recónditos lugares del jardín el lirio aquél que, al romper sus capullos, tendía sus pétalos como unas tocas monjiles y tenía en la noche una extraña refulgencia, cual un rayo de luna que se hubiera filtrado por una ignorada rendija de las tapias.

Ya no deben llegar las devotas comadres a la misa de alba preguntando al demandero si las monjitas hallaron el alma de Sor Luz, que no otra cosa era el grácil lirio luminoso, más yo bien sé, que, apenas las hadas de la Primavera tienden sus tapices por los campos y prenden sus moñas de color sobre los fallos rejuvenecidos, brota en el jardín del convento de Santiago, el alma de Sor Luz, aparición que llenaba de alegría a los ingénuos espíritus de las vírgenes consagradas a Dios.

II

Era Sor Luz una humilde sierva del Señor, la cual, a instancias de su abuelo el caballero de Calatrava, don Alfredo de Munárriz, había ingresado como novicia

en el convento de Santiago, que no há mucho tiempo antes y a instancias de los Reyes Católicos, habían abandonado los caballeros de su Orden para establecerse en la Sinagoga del Tránsito.

En una existencia de extremadas atenciones y solícitos cuidados, vivió su niñez la que en el mundo fué Margarita de Munárriz y que, años después, ingresada en el convento por su abuelo, que así quiso desprenderse de ella al declararse protector de su orfandad, había trocado su nombre por el de Sor Luz y cambiado el regalo y natural fastuosidad por los ásperos cilicios y las burdas estameñas.

Sumergida en un sopor de inocente felicidad, consagrada a la oración y a sus flores, deslízase su vida conventual, suave y monótona como un arroyo que, temeroso del fragor de la cascada cercana, hubiérase detenido en un remanso para gozarse en su límpida quietud.

Para ella no había otra dicha que la que ante sí sentía, ni había mundo mejor ni más tranquilo que el que limitaban los altos muros del convento.

Su abuelo, harto entretenido o quizás por completo indiferente, no había vuelto a ocuparse de ella, que en vano esperaba su presencia en el locutorio un día y otro día.

Con todo esto, Sor Luz había apenas rebasado los veinte años y así crecía su belleza y distinción, como su inocencia y virtudes.

Era una de esas mujeres que, santificadas por su espiritualidad, parecen almas sin el peso del barro corporal, capaces de sentir todos los dolores con resignación y todas las felicidades con santo placer.

Parecía hecha de pétalos y nieve y así era su cuerpo arrebolado en las mejillas, traslucido en la garganta suave que tan bien sabía modular plegarias y elevar cánticos sagrados, blanco como cera torneada en las manos inmaculadas que sabían de hojas amarillas, de góticos breviarios y arrancaban de las teclas del armonium músicas dulcísimas y admirables estrofas.

Tenía a su cuidado el jardín del monasterio y no era menester gran trabajo para ello, así era de reducido y escaso, mas a fe que para los azules ojos de Sor Luz resultaba digno rival de las bíblicas frondas del paraíso.

Y así vivía su existencia plácida y tranquila, sin otras ilusiones que las de su constante y delicada labor, sin otra aspiración que la alta y verdadera de la redención del espíritu y sin anhelar otros sueños que los que el místico ambiente del convento le proporcionaba, donde morando desde casi niña pensaba dar a su cuerpo el final descanso, sepultada como una novia en un ángulo de la capilla, do se alzaba un cristo cárdeno que hablaba de amores y dolor y donde acaso triunfaba un rayo de sol, como una pincelada de iris, al cruzar las policromas vidrieras y besar las oscuras y frías losas del pavimento.

III

Pronto la fama de su santidad y su belleza hubo extendido por toda la ciudad y más de un rondador aventurero, soñaba derribar el sólido pedestal de su fama, instigado por las lisonjas del diablo, el cual debía utilizar todos sus ardidés por tirar en tierra tanta virtud y privar al cielo de un alma.

Y ocurrió que el hijo de un corregidor que lo fué de Toledo, hartado a las aventuras y correrías, sintióse poseído por la endiablada idea de raptar a la sencilla cordera sin otro aliciente que el del tumulto que se alzaría en Toledo al realizar con feliz éxito tan difícil empresa, tanto por la imposibilidad del rapto, como por la calidad de la raptada, a la que no le faltaba ya ni la punta de una espada para figurar en los romances como una personaje de leyenda.

Y he aquí, que cierta mañana, que era de las frescas y rumorosas de Primavera, hallándose Sor Luz podando las enredaderas del jardín, un objeto menudo y blanco rebasó las altas tapias, revoloteó en el espacio como una paloma y vino a posarse a sus pies.

Era un sobre perfumado, en el que una manecadora, había profanado el nombre de Sor Luz al escribirlo; tentada anduvo ésta de llevarlo a la supe-

riora, toda temerosa y confusa, pero la curiosidad pudo más que su voluntad con ser fuerte y buena, y así adivinando que un misterio pudiera ser aquello, abriólo con sumo cuidado.

Eran unos versos profanos, a ella dirigidos, que leyó palpitante de emoción y que decían así:

¿Ignoras qué es amor, linda doncella?
Pues escucha el cantar de este trovero
cuando, naciendo la primera estrella,
te envíe su dulcísima querella

con la ansiedad de su cariño
[entero.

¿Ignoras qué es amor? Fruto
[del cielo,
de nuestras almas rutilante

[luz;
él es placer en el humano an-
[helo,

él es dolor en el profundo
[duelo

de María postrada ante la
[cruz;

él es cantar en las umbrías
[frondas,

es susurro en las brisas y es
[pesar

cuando preside nuestras pe-
[nas hondas;

es reír jubiloso y es llorar.

El es también en nuestra
[amarga vida

sonoro y argentino cascabel;
y también es cruel,

pues al rasgar del corazón la
[herida

con la sangre mezclada vierte
[hiel

Es aroma en las flores; es
[arrullo

en las fontanas de gentil ru-
[mor;

es milagro de brote en un ca-
[pullo

y en los campos color.

¿Faltarás, ¡oh lindísima don-
[cella!

a escuchar el cantar de este trovero
cuando naciendo la primera estrella
te envíe su dulcísima querella

con la ansiedad de su cariño entero?



Dibujo de nuestro redactor artístico Luis Arribas.

— Cuando acabó Sor Luz la lectura de estos versos, quedó en un profundo ensimismamiento; toda la armonía de aquellos párrafos parecía embriagarla recorriendo su cuerpo como una dulce ponzoña; en aquel instante el campano gimió, llamando al retiro espiritual, y entonces, volviendo en sí, quiso rasgar aquel papel perfumado que poseer debía algún maléfico encantamiento, tanto, cuanto que sus dedos se negaban a ello; dominada por extrañas ideas, quedó-

se nuevamente absorta, mirando con éxtasis la suave serenidad de la mañana.

Bajo el sol dorado y tibio, todo convidaba a vivir y a gozar; cantaba una fuente entre la yedra, vertiendo su argentado caudal en el tazón de mármol, cuchicheando frases levisimas y delicados diálogos; en el espacio diáfano, limpidamente azul, palpitan mil ignotas armonías, trinos de pájaros, zumbido de insectos, aleteo de palomas; de los mesones llegaban tonadas populares y canciones de amor; una alondra descendió al jardín y tras saltar entre los rosales, se elevó con una paja en el pico.

Entonces Sor Luz lanzó un hondo suspiro, apretó el papel contra su pecho y lo escondió entre las albas tocas.

Y cuando impulsado por el cumplimiento del deber abandonó el jardín camino de la capilla, lo hizo con temblorosa timidez, pareciendo haber perdido aquella grácil desenvoltura que al andar semejaba elevarla sobre el suelo.

Y es que, como nunca, sentía sobre sus pies el peso vil del barro corporal.

IV

Dadas que fueron las diez de la noche, el convento dormía.

Apostados tres hombres, esperaban junto a una puerta falsa del jardín que caía a una calleja sombría y abandonada, pues se formaba por los altos paredones de Santiago; con sigilo agazapados esperaban, envueltos en sus capas luengas, desde que los clarines habían sonado la queda en el Alcázar y las campanas de las viejas torres habían blandido el toque de cobre-fuego; uno de ellos mostraba un laud bajo su manto y todos de cuando en cuando atisbaban el jardín por el portillo a su tiempo desclavado para dejar libre paso.

Sor Luz, en alas de su fantasía y su inocencia, llena de sobresaltos e interiores luchas, aguardaba a su vez en pie, protegida por el tronco secular de un ciprés.

En el encanto del jardín plateado por la luna era cada matorral un fantasma dormido, cada rincón en sombra un lugar de atrayente misterio; dominaba en él esa augusta serenidad de las noches immaculadas que parece elevarnos a Dios y conversar con Él; agitaba una brisa sutilísima los incensarios de las flores que impregnaban el ambiente de miríficos aromas y el surtidor cantaba la leyenda de las noches líricas mostrando su líquido artificio como un haz de chispas argentadas.

En aquella suave paz del nocturno, sentía Sor Luz que el corazón quería saltar de su pecho como

una paloma asustada; infinitos y precipitados pensamientos de resolución y duda la acometían y así pensaba volver a su celda, de la que sigilosamente hubo escapado, como se congratulaba de su aventura.

De improviso besaron sus oídos unas músicas nunca escuchadas, ténues y suaves como producidos por un pianísimo prolongado; las cuales músicas, iban sonando al pie de las tapias y aproximándose hacia el muro opuesto a donde se alzaba el portillo condenado; como un bebedizo infernal, aquella música adormecía, insensibilizaba. Sor Luz, desconcertada y atónita, daba riendas sueltas a su imaginación y seguía con la vista la dirección de donde la música venía; y en su justa inocencia creyó ser armonías de laudes celestiales interpretando los salmos del divino David, y no músicas mundanales de canciones terrenas y profanas; alucinada, creyó ver cómo la plata de la luna aumentaba la intensidad de su fulgor, cómo las flores se inclinaban reverentes ante el paso de alguna aparición que aún no le era dable presenciar y entonces cayó de rodillas en un éxtasis de místico arrobamiento, tendiendo las manos seráficas hacia donde la música seguía sonando, cada vez más dulce, cada vez más atrayente. En el mismo instante, el portillo cedia paso a dos hombres que sigilosamente avanzaron por el jardín, de forma tal, que la monja ensimismada y de espaldas a la entrada ni les pudo oír ni menos ver; los cuales hombres, que no eran otros que el hijo del corregidor y un su cómplice, llegaron junto a ella y a ella se abalanzaron para arrebatársela.

¡El Malo!—gritó una voz femenina y angustiada. ¡Mi señor Santiago, acorredme! ¡Perdón y piedad para mí!

No pudo decir más, porque cayó desmayada.

Y entonces sucedió algo sobrenatural, extraño escalofriante; el cuerpo de la infeliz Sor Luz rodeóse de una azulada aureola en la que fué rápidamente diluyéndose hasta esfumarse por completo; los raptos vieron cómo sus manos se juntaron sin la codiciada presa, y aterrorizados huyeron mientras sin temor a atraer a las rondas del Alcázar, gritaban ¡milagro! ¡milagro!

Y en tanto, un lirio que despedía un fulgor maravilloso brillaba en un ángulo del jardín, entre las rosas y los jazmines, las azucenas y los claveles.

El milagro se había realizado; Sor Luz habíase trocado para verse libre de sus perseguidores, en una planta humilde del jardín conventual tornando a su verdadero ser cuando llegó la aurora con su luz y sus armonías.

Y aun diz la leyenda, que al siguiente día, todo Toledo acudió a informarse al convento del milagro que, pese a la delación de su infamia, fueron propagando el hijo del corregidor y los cómplices.

Sor Luz rodeóse con el suceso de una fama de gracia y santidad; su acción que en una mujer como ella nunca fué pecado, acabó de asegurarla el camino de la verdadera felicidad.

Y cuentan los cronistas que en la hora de su santa muerte prometió descender del cielo para vivir la vida de un lirio en el jardín del convento, como eterna prueba de la verdad del milagro.

Y desde entonces, un lirio grácil, transparente y luminoso, brota entre las flores del convento de Santiago; es Sor Luz, que, cumpliendo su promesa, viene con las primeras flores para volver al Cielo al morir la primavera.

Leopoldo AGUILAR DE MERA
(Alumno de Infantería).

«En la Ciudad de Alfonso VI y Julio del MCMXVII.



Homenaje al «Doctor Thebussem».

La Junta organizadora de este homenaje se reunió nuevamente para dar posesión como Vocales de la misma a los señores Conde de Cedillo, nombrado para representar al Real Consejo de las Ordenes militares; D. Javier Betegón, por la Asociación de la Prensa; D. Francisco Capella, de la Federación de Cocineros, Reposteros y similares, y por último, a D. José Casado, Redactor de *El Día*, que ocupa el puesto como representante de los críticos taurinos.

Se acordaron nuevos nombramientos de Vocales honorarios en favor del Presidente del Claustro de Doctores de Sevilla, D. Gabriel Lupiáñez y Estévez, y del que lo es de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, D. José Bores y Lledó, en vista de que el insigne «Thebussem» pertenece también a dichas Corporaciones.

Asimismo se nombraron varios Vocales delegados, entre ellos a los Sres. Montoto de Sedas, de Sevilla; Quintero, de Cádiz; Rodao, de Segovia, Carreras y Candi, de Barcelona; Iburguren, de San Sebastián, y Guerrero, de Avilá, y Camarasa, de Toledo.

Se aprobó la circular y boletín de adhesión que se está remitiendo actualmente a toda España, rogando a cuantas personas deseen recibir algunos ejemplares para repartir entre sus conocimientos, lo manifiesten al Secretario de la Junta organizadora, para poder enviárselos seguidamente.

El Sr. Marqués de Laurencín presentó una fotografía del cuadro que posee la Real Academia de la Historia representando al Sr. Pardo de Figueroa, joven, y el cual es verdaderamente interesante para el estudio iconográfico del Doctor; se acordó publicarlo.

Se leyeron las comunicaciones de los empleados de Correos de Valencia Sres. Solesio y Porcar, y de la «Asociación Filatelista Mindoniense», de Mondoñedo, adhiriéndose al homenaje, así como también la

del Vocal honorario en Medina Sidonia, Sr. Coca, manifestando que la suscripción abierta en el Casino de dicha localidad asciende a 475 pesetas.

A propuesta del Presidente, Sr. Francos Rodríguez, se acordó que los señores que forman la Junta organizadora encabezaran libremente la suscripción, quedando abierta desde aquel momento, y publicándose la lista de donativos en *Coleccionismo*.

Las adhesiones pueden entregarse en la Asociación Española de Coleccionistas, Postigo de San Martín, 3 y 5, principal; en las librerías autorizadas al efecto, o en la cuenta corriente que la Junta del homenaje tiene abierta a su nombre en el Banco Hispano-Americano.

Entre los Vocales nombrados figura nuestro Director, como delegado para Toledo y su provincia.

La interesante revista *Coleccionismo*, iniciadora de la idea, que no ha dejado un momento de colaborar en los trabajos de organización, y que dentro de la Junta nombrada continúa poniendo todo su cariño y su aliento en la iniciativa del Sr. Martínez Bosch, anuncia para muy en breve un número extraordinario, de lujosa presentación y de copiosa lectura, dedicado íntegramente al «Doctor Thebussem», su vida literaria, la labor, sus colecciones, etc., etc.

Será, pues, un éxito, como merece el ilustre señor Pardo de Figueroa.

No dudamos que Toledo, la ciudad imperial, que el «Doctor Thebussem» admira y quiere muy mucho, corresponderá dignamente a agasajar al incansable luchador, al erudito literato.

Aquí somos muchos sus admiradores y no podemos faltar a su homenaje.

En el siguiente artículo ampliaremos detalles.



BIBLIOGRAFIA

El Barrio de la Macarena.

“Cantares”, por Gloria de la Prada.

Uno más, y va...?

Van muchos, bastantes.

Hemos perdido la cuenta.

Gloria de la Prada, la ilustre artista de la pluma, es incansable, laboriosa cual ninguna.

Sus libros nos sorprenden frecuentemente, con una rapidez vertiginosa, y los leemos complacidos, ávidos siempre por deleitarnos con su prosa y sus versos, y nos sorprende más aún, grandemente, que son todos bellos a cual más, de corrección literaria esmerada.

Su mucha labor no la hace perder interés, sino al contrario, cada libro que publica nos gusta más.

Gloria de la Prada, además de ser una gran prosista, es una deliciosa poetisa, que domina maravillosamente el arte más difícil, quizá por ser el más popular: la copla, los cantares.

A ella y a Díaz de Escovar, podemos llamarles los maestros de esta literatura.

De este arte, que tiene toda el alma de la raza, toda la grandeza de España, siempre triunfal y noble.

Hacer la copla, el cantar popular, es labor ingrata por lo difícil; no es posible condensar fácilmente en tres líneas todo un poema del alma, todo un corazón que late al impulso de cosas grandes, sentidas.

Y Gloria de la Prada, hace uno, dos, tres, ciento, mil, y llena un tomo y otro y otro.

Pero de poesías bellas, de maravillosos cantares andaluces, que dicen de aquella tierra maravillosa, con su sol más azul, y sus mujeres más vehementes, y el olor de la tierra...

Leer estos, como sus otros cantares, es vivir en Andalucía. Es sentirla.

Son doblemente gratos, porque son elogios a esta tierra bella, llenos de sentimiento, de amor.

He aquí algunos:

«Sevilla la bella,
Sevilla la mora,
Sevilla es la tierra en que más se siente
y en que más se llora.

Allá por mi tierra
las penas se cantan...
por eso las coplas andaluzas tienen
peñazos de alma.

Y como estos, todos ellos, todo su libro—muy bien editado por «Renacimiento»—, que ha sido un éxito definitivo para tan bella señorita.

Felicitemos efusivamente a tan gentil amiga nuestra, cuyos triunfos, siempre merecidos, estimamos como nuestros.

La casa “Callejo”.

Esta importante casa editorial, a la que tanto debe el arte del libro en España, pues fué siempre y es, su más activo paladín, continúa su labor hermosa, editando lo más selecto de nuestra literatura, en todos los aspectos.

Entre ellos, ha publicado recientemente «Berruete y su obra», un notable e interesante trabajo de Ricardo de Orueta, que obtuvo el premio Charro-Hidalgo, del Ateneo de Madrid.

En un precioso volumen, del que nos ocuparemos con todo detalle, como merece, muy próximamente, y por el cual felicitamos a los Sres. Callejo y al señor Orueta.

**

También hemos recibido otros libros, de los que nos ocuparemos en seguida.